



helios
gomez

Helios Gómez, *Mundo Obrero* 1931

APUNTES PERSONALES SOBRE LOS GITANOS, SU CULTURA Y EL ARTE

CARLOS PÉREZ*

El autor, un nombre de referencia en el montaje de exposiciones de primer orden, es la persona a quien se le ocurrió la idea embrionaria de Vidas Gitanas. Repasa aquí, de manera íntima, su relación con el cosmos gitano y cómo ese universo ha sido trasladado a la pintura y otras artes.

Como he escrito en alguna otra ocasión, crecí y me eduqué en el barrio de Velluters de Valencia. De modo que, desde 1954 a 1976, más o menos, viví el esplendor y la progresiva decadencia de una zona singular del casco antiguo de la ciudad. Velluters era una especie de gueto de calles estrechas, donde, desde dos siglos atrás, habían edificado sus residencias e industrias impresores suizos, tejedores italianos, relojeros alemanes, representantes ingleses de salazones y bacalaos de Terranova, fabricantes de sábanas y toallas, vendedores de pescado procedentes de toda la costa española del Mediterráneo, proveedores de especias para embutidos y perfumes, confiteros, manipuladores de papel, cordeleros, fabricantes de abanicos, así como artistas de circo y variedades de distintas nacionalidades. Es decir, toda una mezcla de judíos, cristianos y paganos de la que procederíamos muchos de los que vivíamos allí en aquellas fechas. Y parece bastante cierto que, esa convivencia entre comerciantes y gente de los oficios más diversos, contribuyó a que siempre respetáramos las diferencias de credo o raza, al igual que las de índole económica o profesional. La gente se saludaba en la calle, los vecinos se ayudaban, se fiaba en las tiendas y la solidaridad estaba en el ambiente. Nadie hacía preguntas indiscretas.

Por cercanía, más que por firmes convicciones religiosas de mi familia, asistí a un colegio católico. En mi clase tuve dos compañeros gitanos. Eran

* **Carlos Pérez** ha destacado como conservador en el IVAM y en el Centro de Arte Reina Sofía, y como responsable de exposiciones en el MuVIM de Valencia.



Carmen Amaya, Vidal Ventosa, 1934.
Foto: Arxiu Fotogràfic de Barcelona

dos muchachos normales, como los demás. Aunque sí que existían algunas diferencias: iban mejor vestidos, sobre todo los domingos, lucían unos relojes muy caros y poseían los mejores juguetes, las últimas novedades del mercado. Además, al igual que sus padres, eran muy morenos y llevaban el pelo siempre bien peinado y cortado. Y usaban colonia. Pero les gustaban las mismas cosas que a nosotros, fundamentalmente el cine. En una ocasión, asistí al cumpleaños de uno de ellos y aquello fue como un festín romano (o lo que nosotros pensamos que debía serlo por lo que habíamos visto en las películas). El padre de aquel chico se dedicaba al comercio de frutas en el Mercado Central y tenía gran amistad con un peluquero de la calle Santa Teresa, que se dedicaba también a arreglar relojes y a tasar joyas («alhajas» decían ellos). A veces, les acompañé a una pastelería de la calle Pie de la Cruz, especializada en la elaboración de frutas escarchadas que, por lo que supe luego, constituían un postre esencial en sus fiestas más señaladas, en especial las bodas. No le gustaba (a mi tampoco) el denominado entonces «baile español», un remedo del flamenco, y nos divertía ir a una academia de baile situada en el Palacio de Parcent para ver zapatear, con neurosis obsesiva, a un grupo de aspirantes a artista. Una tarde fuimos al Cine Princesa con otros compañeros del colegio. Me sorprendió que a aquel muchacho le entusiasmara una secuencia de un musical de la Metro Goldwyn Mayer (no recuerdo el título) en el que, tras una formación de jenízaros, más otra de derviches giróvagos y aún otra de danzarinas del vientre, aparecía una *troupe* de gitanos malabaristas. Tiempo después supe que había decidido dedicarse al circo y, junto a su hermano (con el que

había ensayado un número clásico de la pista, denominado «la vertical»), quería emigrar a Australia, país en el que, según me dijo (profundamente convencido), los equilibristas (y la gente de la farándula en general) estaban muy bien considerados. Tal vez quiso ser saltimbanqui, como fueron, sin duda, algunos de sus antepasados que presentaron ejercicios gimnásticos arriesgados en las plazas públicas y, como escribió Ramón Gómez de la Serna, tenían «algo de hombre simbólico, de hombre atormentado, de algo así como un Sísifo lleno de desesperación y pobreza». Pero toda esa fantasía de mi amigo se fue al traste y acabó siguiendo la profesión de su padre. Recuerdo, asimismo, que vimos juntos otra película, *Sangre gitana*, con Katharine Hepburn de protagonista. Se trataba de una historia sobre las relaciones, más o menos amorosas, entre un clérigo escocés y una joven gitana. Aunque la película no era tolerada para menores de dieciocho años, nos dejaron entrar. La situación que se desarrollaba en la pantalla era bastante complicada, pero todos la encontramos normal, como uno de esos problemas cotidianos que aparecen, de repente, en la vida. Es muy probable que la película nos aburriera.

En la calle Pintor Domingo había otra familia de gitanos, posiblemente familiares de mis compañeros de clase, que se dedicaban a la venta de mantas en los mercadillos de los pueblos. El género no era, por supuesto, de la mejor calidad, pero entonces casi nada la tenía. Y justo enfrente del almacén de mi padre, vivía y tenía un comercio otro gitano. Había sido banderillero de la cuadrilla de un matador de toros y, cuando se retiró, se dedicó a la fotografía (reportajes taurinos) y a una tienda de frutos secos que regentaba su mujer. Era un hombre normal, como cualquier otro del barrio, y curiosamente no me hablaba de toros ni de flamenco. Tenía una exagerada pasión por el boxeo que intentaba transmitirme.

En los años de Velluters, conocí a muchos otros gitanos que, en su mayoría, trabajaban para el Mercado Central. Gente honrada que se esforzaba en salir adelante en un tiempo en el que el franquismo no ponía las cosas muy fáciles.

La primera vez que estuve en contacto con un drama del pueblo gitano fue en Las Carolinas, un barrio de Benimàmet en el que familias de la pequeña burguesía valenciana pasaban las vacaciones. En alguno de los chalets, unas edificaciones de finales del siglo XIX y comienzos del XX, vivían familias gitanas que, junto a otras que se había instalado en El Barranco de Paterna, iban al polvorín de la Tercera Región Militar, situado a escasa distancia de sus viviendas, para recoger los restos de balas, granadas y obuses de las maniobras que, con frecuencia, el ejército hacía en aquel lugar. La imprudencia y la



falta de conocimientos eran las causas de que, más de una vez, algún proyectil que no había estallado le explotara en las manos a cualquiera de ellos. Tras el terrible accidente, las familias en masa iban hasta el apeadero del tren de cercanías para desplazarse a un hospital de Valencia. Es difícil olvidar el paso de la comitiva ante la casa de mis padres. No se puede describir el dolor, la angustia y la congoja de aquella gente, emigrante de Andalucía en su mayor parte, que tenía muy escasos recursos para sobrevivir y su existencia estaba marcada por las privaciones, así como por la indiferencia e insolidaridad de los demás. Por supuesto, los gitanos no eran considerados españoles como el resto de ciudadanos del país. A través de esas evidencias, llegué muy pronto a la conclusión de que el verdadero drama de una mayoría de este pueblo era la injusta condena a vivir en la ignorancia y en la miseria casi absoluta. Todo lo demás, lo que se decía de ellos en la música y en la literatura al uso, me parecía algo irreal, una fantasía, una poética falsa.

Los gitanos que conocí en Las Carolinas y en Paterna no tenían nada que ver con los de Velluters. Pero, ya residieran en lugar u otro, eran todos iguales y todos eran diferentes. Posteriormente, estuve bastante cerca del pueblo gitano y comprobé que sus problemas se habían acrecentado por el paro, el consumo y el tráfico de drogas, así como por la hacinación en barrios deter-



minados por la Administración (grupos de casas baratas que recordaban los guetos creados en los años cuarenta del pasado siglo por los nazis) o en poblados de chabolas. Y no se debe olvidar el empeño del resto de la sociedad en ignorar y despreciar la auténtica cultura gitana. De forma interesada, sin duda, durante los años del régimen franquista (e incluso durante los primeros de la República) se intentó dar una imagen edulcorada del mundo gitano. Los productores cinematográficos, al igual que los responsables de la política cultural, no fueron conscientes de que contribuían a una creencia muy extendida en Europa de que «todos los españoles eran gitanos o se comportaban como tal». Y eso fue algo que perduró, durante muchos años (casi hasta nuestros días), como se puede comprobar en la secuencia inicial de la película *La kermesse heroica* de Jacques Feyder, filmada en 1935, en la que un experto jinete gitano, atractivo, enérgico y atlético, anuncia la visita de los Tercios Españoles al aterrizado síndico principal de Boom, un pueblo de Flandes; y también, más actualmente, en la conocida serie de cómics de Astérix y Obelix creada por Albert Uderzo y René Goscinni que decidieron, en su álbum dedicado a España (*Astérix y Obelix en Hispania*), poner como dirigente principal del país a un gitano: al jefe íbero Sopalajo Arriérez y Torrezno (en el original francés, Soupalognon y Crouton) residente en Munda (Montilla). Del mismo modo, pe-



Gitana manouche. Foto: Gracia Jiménez

lúcidas nefastas como *Morena Clara* o *La gitanilla* (una muy mala adaptación de la novela de Cervantes), protagonizadas por Miguel Liger, Imperio Argentina y Estrellita Castro (todos ellos «payos»), contribuyeron desde los años treinta del siglo XX a extender esa idea de que en España no había diferencias y que los gitanos estaban integrados en la sociedad. Resulta curioso que algunos de aquellos rodajes (he citado dos muy representativos) fueron realizados en la Alemania de Hitler, el terrible dictador que nunca aceptó las diferencias. Y es necesario hacer referencia, dentro de un dudoso universo del «flamenco gitano», a dos películas en las que intervino el bailarín José Greco (un italiano de origen español) y su ballet: *La vuelta al mundo en 80 días* y *El barco de los locos* (la primera fue dirigida por Michael Anderson, en 1956, y la segunda, por Stanley Kramer, en 1965). Dentro de esa maraña de tópicos y personajes, más o menos lamentables, se debe dejar al margen la figura de Carmen Amaya, una gitana nacida en la playa del Somorrostro de Barcelona que, parece ser que no es una leyenda, se atrevió a asar sardinas en una suite del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York.

Reconozco que, pese a mi admiración y afecto por el pueblo gitano y su cultura, nunca me atrajo en especial el flamenco. Y eso que, hace ya más de treinta años, tuve cierta relación, como funcionario de la Administración, con



Django Reinhardt,
creador del jazz manouche

Jesús Antonio Pulpón, representante artístico (entre otros, del mítico José Monge Cruz, «Camarón de la Isla»), que se empeñó en que mis preferencias se desplazaran de Django Reinhardt (otro gitano de gran talento musical) a José Fernández Torres, «Tomatito». Creo, con toda sinceridad, que si hubiéramos escuchado juntos la versión del clásico *How High the Moon*, una composición de 1940 de Nancy Hamilton y Morgan Lewis, grabada por el grupo Pata Negra en 1987 (y casi cinco décadas antes por el genial Django, el único «blanco» que tocó la guitarra en la orquesta de Duke Ellington), nuestras posiciones se hubieran acercado. En este punto, debo manifestar que he escrito este párrafo y los anteriores, porque mi fascinación por la cultura gitana me llevó a buscarla hacia el norte, a partir de Montpellier y Marsella (con final de trayecto en París). Me interesaba el mundo del espectáculo, en especial el del circo (en el Cirque Figuiet y en el Ancilloti, donde se presentaba la cabeza parlante sin cuerpo, trabajaban muchos gitanos), y los músicos callejeros. También quería saber cómo vivían los gitanos que se habían instalado justo detrás de los Pirineos. Y en París quise investigar en los ecos y en las huellas que habían dejado, además del mencionado Django Reinhardt, Daniel Colin, Jo Privat, Tony Murena, Médard Ferrero, Julien Latorre, Sarane Ferret, y Louis Vola, entre otros acordeonistas y guitarristas que crearon lo que en Francia se denominó el «jazz à la gitane»; una



Pastora Imperio en el semanario *Digame*, 1964

clase de música que me sorprendió desde 1960 y de la que tuve noticia a través de revistas y discos. En cierta manera, el trayecto de mi viaje hacia los sonidos y las imágenes que me habían fascinado fue exactamente el contrario que el emprendido, desde mediados del siglo XIX, por escritores y artistas europeos obsesionados por el sur: una extensa zona, según ellos poblada mayoritariamente por gitanos, que abarcaba desde la frontera francesa hasta el norte de África. Nació así un conglomerado de tópicos en el que se mezclaba el sol deslumbrante, las mujeres gitanas de indescriptible belleza, las costumbres exóticas, el mundo de los toros, la música de guitarra, las peleas que, con navajas de Albacete, solucionaban las diferencias entre familias y, así, otras tantas cosas que, lamentable y erróneamente, serían, durante mucho tiempo, las características de «lo español». Hasta Cole Porter, en su célebre canción *You're the Top* de 1934, incluyó un verso en el que utilizó uno de los tópicos: «You're the purple light of a summer night in Spain» (Eres la luz púrpura de una noche de verano en España). Por lo visto, parece ser que ninguno de los autores sabía que, en 1749, durante el reinado de Fernando VI, el Marqués de la Ensenada organizó

la Gran Redada, también conocida como Prisión General de Gitanos, que tuvo como finalidad arrestar y extinguir a los miembros de ese pueblo. La represión duró hasta 1772, cuando Carlos III declaró el indulto, refrendado por la Real Pragmática de 1783. Se ha de señalar que este monarca prohibió el vocablo «gitano» en los documentos oficiales, por considerarlo una injuria (además, los gitanos, sobre el papel, ya no existían y, por tanto, no había que mencionarlos), así como el uso de la «jerigonza», la lengua de ese pueblo (el romaní) que no podían entender los «payos» (es decir, las «autoridades», sus funcionarios y la alta burguesía). Es evidente que la Gran Redada acabó con aquellos gitanos que, como escribió Federico García Lorca, «iban por el monte solos» y, en consecuencia, con elementos fundamentales de esa cultura singular.

Los tópicos sobre el pueblo gitano se pusieron de relieve sobre todo en la pintura, de manera particular desde finales del siglo XIX hasta los años treinta del XX. Si Isidre Nonell y José Gutiérrez Solana intentaron dar una imagen realista del pueblo gitano, no se puede decir lo mismo del resto de artistas. La lista de pintores que se sintieron «fascinados por el Sur» es muy larga. Se puede citar al atormentado Ferdinand Hodler, al elegante Kees Van Dongen, al innovador Henri Matisse y a John Singer Sargent, que supo recrear la atmósfera del baile en las tabernas. Pero se debe también reseñar el folklore pintoresco y amable, que predomina en los cuadros de Joaquín Sorolla dedicados a bellezas gitanas, así como las escenas teatrales y místicas de Julio Romero de Torres (tan apreciadas por los creadores de tópicos y los responsables de la Unión Española de Explosivos que las utilizaron como imágenes de sus calendarios). Y no se debe olvidar que la cultura gitana y sus protagonistas tuvieron una presencia, consciente, moderna y rigurosa en obras de algunos autores de vanguardia, como Sonia Delaunay y Francis Picabia (y, más actualmente, en una serie de obras de Eduardo Arroyo dedicadas a Carmen Amaya). También la fotografía, desde sus inicios, contribuyó a tratar al pueblo gitano como un elemento curioso y exótico de la ciudadanía española (no hay más que repasar los archivos de la Hispanic Society de Nueva York). Es algo que ha perdurado hasta nuestros días, aunque hay que señalar que muchos fotógrafos de prensa han denunciado con sus imágenes los desalojos, la violencia y el trato denigrante que, en más de una ocasión y sin motivo alguno, han sufrido las familias gitanas.

Creo que ahora, a comienzos del siglo XXI, las cosas no han cambiado en lo sustancial. Y mucha gente, absolutamente equivocada, cree, como Charles Aznavour, que «los gitanos sentados en torno a una hoguera, con su voz plañidera cantan penas de amor».